



ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO

ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS EUGENIO PUCCIARELLI

SOBRE TIPOS Y MODALIDADES DE FILÓSOFOS¹

Francisco Romero

Con criterios muy varios puede encararse la tipología de los filósofos. Hay filósofos claros y oscuros, sistemáticos y no sistemáticos, etc., etc. El examen de estos géneros puede resultar sumamente interesante, y aun redundar en una mejor comprensión de la tarea filosófica, de la filosofía como ocupación humana. Para que la cuestión no parezca tan baladí como pudiera imaginarse de primera intención, sobre todo si se piensa en distinciones tan sencillas como las aducidas más arriba, quiero poner otro ejemplo de mayor complejidad. La filosofía tiene como una de sus peculiaridades en que responde a experiencias de tipo personal, y aun a veces muy ceñidamente personal, pero al mismo tiempo aspira a una validez y significación ultraindividuales, universales. Hay en ella, pues, dos elementos: una sustancia o intuición originaria, lograda en el fuego privado del filósofo, y una elaboración que saca esa sustancia o intuición de su primitiva condición de experiencia íntima y la pone en situación de ser comunicada como concepción aceptable para todos o para muchos. De la proporción en que se manifiestan o preponderan estas dos instancias, resulta una galería de tipos de pensadores. En un extremo están aquellos que nos

¹ *La estructura de la historia de la filosofía y otros ensayos*, Buenos Aires, Losada, 1967, p. 211/215.

ofrecen ante todo su experiencia viva, con frecuencia informe: un Kierkegaard, un Nietzsche, en el otro, los que aciertan a transfundir la experiencia original en la elaboración objetiva, en la teorización impersonal, como en Kant. La cuestión no es tan simple como surge de este planteo esquemático, porque las maneras de relacionarse entre sí la experiencia primitiva y la trasmutación teórica son muchas, diversas tanto en la calidad e intensidad de uno y otro elemento, como en la manera de intrincarse el uno con el otro.

De entre todos los casos de géneros o tipos de filósofos, deseo referirme únicamente a una clasificación que es importante para la filosofía moderna. La historia de la filosofía, desde el Renacimiento, permite distribuir a los filósofos en estos cuatro grupos, según la tónica de su pensamiento y el entronque con la realidad circundante: aventureros, solitarios, políticos y profesionales. Cada tipo de éstos ha preponderado en un período histórico.

El filósofo del Renacimiento suele ser aventurero. Lo fueron Giordano Bruno, Paracelso, Campanella, Herbert de Cherbury; lo fueron también, en menor medida, otros que, sin especial predilección por la existencia azarosa, debieron afrontar graves contratiempos como Hugo Grocio. La filosofía en sí era, en aquella sazón, una aventura. Se pugnaba por crear el pensamiento nuevo, y la rigurosa novedad es cosa siempre aventurada, porque se enfrenta de repente con lo viejo y consolidado, y también porque carece todavía de pautas, de método, de un norte seguro al que apuntar. Por otro lado, la filosofía del Renacimiento no tuvo al principio clara conciencia de los peligros que desafiaba, se lanzó ciegamente contra los escollos y se desgarró entre ellos. El Renacimiento, por muchos motivos, abundó en pensadores trashumantes, perseguidos, entusiastas hasta el delirio, estrafalarios en más de una ocasión, cuyo pensamiento y cuya existencia fue una noble y palpitante aventura.

En el siglo XVII la filosofía se sosiega. Se hace prudente, porque comprende bien los riesgos de gritar por las calles las nuevas verdades, y se torna más reposada, porque sabe a donde va, posee sus métodos y conoce sus fines. El pensador renacentista solía disparar sus proposiciones como proyectiles, estos proyectiles funcionaban muchas veces como el *boomerang* y herían al que los había lanzado. El filósofo del siglo XVII ha escarmentado en cabeza ajena, y se oculta, se disimula, Descartes recuerda lo que le sucedió a Galileo, y se guarda uno de sus manuscritos que le parece comprometedor; Spinoza no se atreve a publicar su *Ética*. Pero, además, el filósofo del siglo XVII no es un improvisador, como solía serlo el del Renacimiento. Trabaja en obras de ritmo lento, de estructura sólida y consecuente y para madurarlas y organizarlas necesita del reposo, de la calma. Busca, pues, el aislamiento, y es muchas veces un solitario.

Durante el siglo XVIII la situación cambia. Sobreviene el gran despertar de la Ilustración. El filósofo anhela influir, operar sobre los hombres mediante las ideas, hacer historia. El cuerpo del pensamiento moderno está completo y busca integrarse en la común vida del tiempo. La dimensión política se agrega así a la pura dimensión filosófica, el pensamiento es sistemáticamente meditación y acción.

Pero, al mismo tiempo, la filosofía nueva va logrando carta de naturaleza, deja de ser la ocupación libre de investigadores dispersos y reclama su natural albergue en las instituciones que deben ser su hogar propio, en las Universidades, depósito hasta entonces de los residuos del pensamiento del pasado, de los remanentes de la tradición medieval. Wolff, en Alemania, es uno de los primeros en imponer académicamente la filosofía moderna, y aunque sufre un grave percance, no sin ribetes de comicidad, queda al final dueño del campo. La verdad es que los percances nunca faltan, y los padecen después Kant, Fichte y otros, pero son gajes del oficio, lo importante es que la filosofía moderna arraiga en los altos institutos, donde se filosofa con regularidad, con horarios y con sueldos. El filósofo ha llegado a ser un profesional.

Estas cuatro condiciones filosóficas –la del aventurero, la del solitario, la del político y la del profesional- son, en parte, la adaptación del filósofo a las sucesivas situaciones histórico- culturales. Las cuatro están plenamente justificadas, y si algo demuestran, es que la filosofía nunca ha sido ajena a la peculiaridad y demandas de cada lapso histórico. Naturalmente, estos distintos tipos de filósofos, se dan también en cada tiempo, bien porque el propio modo de ser triunfa sobre la circunstancia ambiente, bien porque hay una especial sintonización con uno de los varios incentivos que concurren en cada circunstancia. El filósofo aventurero, el solitario, el político y el profesional tienen cada uno su propio papel en todo lugar y tiempo, y acaso son todos ellos necesarios para el cabal cumplimiento de la mutifacética e inconmensurable faena filosófica.